

La monarquía de los isaidas estaba todavía mal constituida en las tribus del Norte, en el país llamado por excelencia Israel, pero sin embargo, era indiscutible en Judá. La herencia, violada de Saúl a David y tempestuosa de David a Salomón, era ya ley absoluta en la dinastía de Jerusalén. El primogénito del rey isaida subirá sin rival al trono de Sion, a lo largo de cuatrocientos años. Este extraño privilegio fue considerado don especial de Jehová, que recompensaba así a la dinastía que le había construido una casa estable en lugar de la frágil tienda de campaña donde hasta entonces había habitado.

Por lo visto, Roboam, hijo de Salomón y de Naama, fue hombre terco y poco inteligente, y para sostener la obra de David habría hecho falta todo lo contrario. Sobre todo habría sido necesario librar a las tribus de Israel de las prestaciones y cargas de todas clases resultantes de los gastos de la corte y de las grandes construcciones de Jerusalén. El Norte, mucho más cercano a la vida nómada que Judá y Benjamín, aborrecía estos palacios y ciudades que tanto orgullo inspiraban al Sur.

Jeroboam, cuando conoció la muerte de Salomón, acudió desde Egipto y reanudó su agitación en las tribus josefitas. Roboam fue a Siquem para recibir la investidura de las tribus. Allí estalló el descontento. Se conocían las ventajas de la realeza y se quería que continuase, pero no se deseaban las cargas. Roboam se encontró entre consejos opuestos. Tenía cuarenta y un años, pero estaba rodeado de jóvenes atolondrados que sólo pensaban en disfrutar del reinado nuevo. Los viejos servidores de Salomón aconsejaban que se cediera por lo menos de palabra. Contrariamente, la generación de cortesanos que llegaba al poder con el nuevo rey, quería el gobierno a todo trance, y convencieron al rey para que se resistiera.

Es una actitud ciertamente no nueva ni peculiar de pueblo alguno, y que se repetirá siempre.

Se desencadenó la rebelión y sonó el grito de las antiguas tribus de Israel<sup>1</sup>. El federalismo y la afición a la vida patriarcal se sobrepusieron a todo lo demás. Los israelitas salieron de Siquem decididos a no someterse más a la prestación. Cuando el encargado de exigirla reapareció en las provincias, fue apedreado. Jeroboam, designado para la realeza por

1. Ya varias veces había sonado en tiempo de David este grito de guerra y separatismo:

*¿Qué hay de común entre nosotros y David?*

*¿Qué tenemos que hacer con los hijos de Isai...?*

*¡A tus tiendas, Israel!*

*¡Quédate en tu casa, David!*

su fuerza corporal y su valor, fue proclamado rey de Israel por una asamblea de las tribus.

Cosas maravillosas nos dicen del ejército real los historiadores, pero la prueba de que no tenía existencia seria, es que no hizo nada cuando tenía más obligación de hacerlo. Roboam se eternizó en preparativos para reconquistar su ascendiente sobre las tribus del Norte, pero la generación fuerte de los tiempos de David había muerto ya. La opinión se mostraba indiferente. Los hombres de Dios, silenciosos durante todo el reinado de Salomón, volvían a levantar la voz hasta junto a Jerusalén. Se dijo que todo había ocurrido por voluntad de Dios. Realmente, todos los géneros humanos gustan de la indisciplina, y la fuerza es lo único que establece la unidad. La obra política de David y Salomón quedaba condenada para siempre después de durar unos setenta años.

La rivalidad entre ambas denominaciones de *Judá e Israel* existía desde el tiempo de Saúl y estaba motivada por causas antiguas y honradas. Esta vez fue irremediable la escisión. Judá y Benjamín siguieron fieles a la casa de David. Los demás aclamaron a Jeroboam. Una línea que pasaba a la altura de Betel señaló la frontera entre los dos nuevos reinos. Cualquier esperanza de un Estado serio con su centro en Jerusalén se perdió para siempre.

Hasta aquí la historia de Israel no se ha diferenciado de la de dos pueblos de la misma raza y de la misma religión; pero en adelante la historia de Israel seguirá un camino particular, sin analogía con ningún otro pueblo. Moabitas, edonitas, amonitas y arameos tuvieron su David y su Salomón, pero ninguno tuvo la misión religiosa de Israel. El pueblo hebreo, por su parte, va a desarrollarse de una manera totalmente propia. Los profetas proclamarán a Jehová Dios universal justo y único, y el genio de Israel fundará el culto puro en espíritu y en verdad.